

«LAS DOS HERMANAS», DE CLARA OBLIGADO

EDICIÓN DE CARMEN RODRÍGUEZ CAMPO*

<https://orcid.org/0000-0002-5448-3453>

crodc@unileon.es

UNIVERSIDAD DE LEÓN (GEIGHD/IHTC) / UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI TORINO

Resumen: Desde el margen físico y simbólico que señala la diferencia —social, étnica, de género, etc.—, Clara Obligado ofrece a través de su mirada extranjera una visión comprometida y crítica en aras de definir y acotar al migrante, invitando a repensar las convenciones sociales y las prácticas discriminatorias a él vinculadas en el contexto actual. Esta es una de las líneas temáticas que atraviesa su poética, haciendo especial hincapié en *El libro de los viajes equivocados* (Páginas de Espuma, 2011), y en concreto en uno de los relatos incluidos en él y al que se dedica la presente edición: «Las dos hermanas».

Palabras clave: Clara Obligado, Frontera, Desarraigo, Literatura desde la verja, Literatura transterrada.

Abstract: From the symbolic and physical scope which points out the [social, ethnical, and gender, etc.] difference, Clara Obligado offers a critical and compromised view through her foreigner insight in order to define and to narrow down the immigrant figure, leading the reader to rethink the social conventions and the discriminating practices to which the foreigner is connected in the current context. This is one of the main topics that extends through her poetics, highlighted it in *El libro de los viajes equivocados* (Páginas de Espuma, 2011), especially in one of the short stories included to which this edition is dedicated: «Las dos hermanas».

Keywords: Clara Obligado, Borderline, Rootlessness, Literature from the Gate, Translated Literature.

* Esta edición es parte de la Ayuda del PDI Contratado en Régimen Laboral de las Universidades Públicas de Castilla y León, publicado por la Resolución de la Orden de 21 de diciembre de 2020, de la Consejería de Educación, por la que se convocan ayudas destinadas a financiar la contratación predoctoral de personal investigador, cofinanciadas por MCIN/AEI /10.13039/501100011033, por «FSE invierte en tu futuro» y por la Consejería de Educación de la Junta de Castilla y León.

«Somos de cualquier lugar del mundo. O de ninguno», sostiene Clara Obligado (Obligado, en De la Rosa, 2005: 130). O cabría preguntarse, ¿somos de algún lugar? La idea de frontera geográfica y mental se sostiene sobre nuestros prejuicios e ideas preconcebidas, invitando a repensar el espacio que ocupamos en el mundo y que ocupan los exiliados, los migrantes, entre otros, definidos por su diferencia, apartados de un sistema que los destierra, que no cesa en su continua discriminación, en la constante exteriorización de desigualdades que persisten, como si de una espiral se tratara, en una jerarquía infinita. Es en esta intersección en la que cabe preguntarse por la necesidad —si la hubiere— de exponer los discursos de poder que se esconden tras este velo de oposición, de enfrentamiento entre culturas y modos de pensamiento que amenazan al que llega o al que se va. Y es en este eje comprometido en el que situar la narrativa de Clara Obligado, quien se posiciona desde la inserción en el mundo que habita en una realidad en crisis que da como fruto su singular creación. Tal como reseña Álvarez Méndez (2015):

Su comprometida poética narrativa, que nos obliga a reflexionar acerca de la desigualdad, de los abusos de poder, de las guerras y de los vaivenes de la historia, parte del hecho de su propia identidad de exiliada, que hace que se incline hacia una escritura desterritorializada, escrita desde un espacio intermedio que nos ofrece grandes propuestas creativas en el marco de la reflexión generado por las tensiones provocadas por el desplazamiento. No solo trata en su obra de abordar motivos desde la posición del intelectual que ha sufrido el desarraigo sino que se aleja del centro empleando, a su vez, la experimentación con técnicas narrativas novedosas, no sometidas al discurso establecido, fuera de sus límites (2015: s. p.).

En muchas de sus obras, la autora aborda diversas perspectivas que explican la situación experimentada por el extranjero, arraigada en su propia experiencia. Clara Obligado, nacida en Buenos Aires en 1950, es considerada exiliada política de la dictadura militar, aunque ella misma, como afirma en la «Entrevista a Clara Obligado» (2012), prefiere el término *extranjera*, puesto que vive en Madrid desde 1976 tras el exilio. Licenciada en literatura por la Universidad Católica Argentina y directora de los que han sido los primeros talleres de Escritura Creativa en España, Obligado ha dado cuenta a lo largo de su poética de las tensiones inevitablemente provocadas por el fenómeno del desplazamiento, que no solo se produce en el ámbito geográfico sino también en el plano mental. Retrata, de este modo, y mediante el empleo de diversas técnicas narrativas que abogan por la fragmentación, la vivencia traumática del exiliado, del emigrante y del extranjero, que se enfrentan al destierro, a la diáspora, a la orfandad de la tierra.

Entre sus publicaciones señalo, por un lado, sus novelas, de entre las que destaco: *La hija de Marx* (Lumen, 1996; con reedición en Galerna, 2013, y en Lumen, 2023), a la que se le otorgó el Premio Lumen en el año 1996, *Salsa* (Plaza & Janés, 2002; con reedición en Entre ambos, 2018) y *Petrarca para viajeros* (Pretextos, 2015), obra que ha recibido el Premio Juan

March Cencillo de Novela Breve en su mismo año de publicación. Por otro lado, de entre sus libros de relatos despiden *Las otras vidas* (Páginas de Espuma, 2005) —en el que se encuentra el texto «Exilio», germen de una obra posterior titulada *El libro de los viajes equivocados* (Páginas de Espuma, 2011), finalista esta última del II Premio de narrativa breve Ribera del Duero del año 2011 y galardonada con el Premio Setenil en el año 2012— o la trilogía conformada por los títulos *El libro de los viajes equivocados*, *La muerte juega a los dados* (Páginas de Espuma, 2015) y *La biblioteca de agua* (Páginas de Espuma, 2019)¹. Asimismo, Obligado es editora de las antologías de ficción mínima *Por favor, sea breve 1 y 2* (Páginas de Espuma, 2001 y 2009) y ha escrito libros de ensayo, cuyas temáticas oscilan entre la mujer y la cultura — *Mujeres a contracorriente. La otra mitad de la historia* (Plaza y Janés, 2004), *¿De qué se ríe la Gioconda? o ¿Por qué la vida de las mujeres no está en el arte?* (Temas de Hoy, 2006)—, la condición de extranjero —*Una casa lejos de casa. La escritura extranjera* (Ediciones Contrabando, 2020)— o la naturaleza —*Todo lo que crece. Naturaleza y escritura* (Páginas de Espuma, 2021)—, entre otras cuestiones. A estos títulos se suma la colaboración de la autora en medios periodísticos, en los que ofrece una visión que insta al lector y consiguiente espectador a la necesidad de repensar el mundo en el que vive.

En esta línea y, si atendemos a las herramientas proporcionadas por la imagología, la interculturalidad, el multiculturalismo y la investigación poscolonial, podemos ahondar en los procesos que afectan a la identidad y la alteridad, a cómo se percibe la propia imagen y la del *otro*; a las relaciones de analogía y divergencia entre los diversos sistemas culturales; a la literatura de la emigración; a las causas que motivan procesos de alienación; así como a las consecuencias de las invasiones de territorios y las implicaciones derivadas del actual mundo poscolonial y globalizado (Gnisci, 2002: 347-439). Estas corrientes tienen en cuenta cuestiones políticas, sociales, históricas y culturales, y profundizan en diverso grado en situaciones de emigración, de exilio y en la construcción de los *in-between spaces* (Bhabha, 1994). Con la mencionada expresión, se hace referencia a las subjetividades nuevas que se crean a partir de los desplazamientos mentales que se generan en los desplazamientos geográficos y culturales, para las que resulta complicado integrarse en una identidad colectiva,

¹ Estos tres títulos conforman, en verdad, una trilogía, tal y como la autora ha expuesto (Obligado, 2019). No obstante, a ellos cabría añadir la reciente publicación del libro de relatos *Tres maneras de decir adiós* (Páginas de Espuma, 2024), que, desde lo poético de su lenguaje, traza algún que otro puente de conexión a través del guiño hacia personajes previos —entre ellos, Jan y Lyuba— abordados al hilo de la metaficción y concebidos junto a otras historias que entroncan con el valor que adquiere la naturaleza en el desarrollo del vivir, sin olvidar el peso del recuerdo, la melancolía generada por el paso del tiempo, el tránsito por el dolor y la tristeza, la angustia generada por todo conflicto bélico que termina por definir cada uno de los espacios transitados, o la maternidad y el lazo familiar, que persigue, desde un punto de vista simbólico, la pervivencia y/o afincamiento de nuestros seres queridos.

tal y como reseña Gnisci (2002: 413). Clara Obligado conoce esas teorías literarias y también es muy consciente de la realidad que estas analizan, por lo que, partiendo del ideario de Bhabha, reivindica lo que ella misma ha definido como «literatura desde la verja»:

Desde esta perspectiva incómoda podríamos pensar en una literatura que habla tanto de los desplazamientos como de los desplazados por las diferentes formas de la violencia. Escribir desde la verja es una imagen que me gusta, que me resulta convincente. Desde allí, desde ese lugar incierto, desde ese «no lugar» se generan espacios que cuestionan tanto la identidad del país en el que se vive como la propia identidad del que se ve obligado a atravesar fronteras.

El tema no es nuevo, aunque sí lo es en la magnitud actual de la diáspora, en la historia de la literatura otros autores se han situado en este lugar incómodo, en esta especie de atalaya que no está en tierra de nadie pero que mira, insistentemente, y no sin desazón, hacia la fantasía imposible de anidar (Obligado, en Álvarez Méndez, 2015).

La inserción de su mirada narradora en la actual realidad en crisis aboga por la necesidad de una literatura comprometida, pero esto no quiere decir que evite el empleo de géneros considerados de consumo o formas y registros de gran aceptación comercial. Se permite jugar, por ejemplo, en su trilogía con la narrativa policíaca, la sentimental, la ficción histórica, la narrativa de la memoria, la fantástica, el relato metaliterario y la autoficción, entre otras modalidades. No busca, sin embargo, consumidores de lecturas banales sino lectores inteligentes que degusten el texto literario con espíritu crítico. De ahí la creatividad y la exigencia artística de su obra, enmarcada en una literatura política que se aleja de la evasión y la autocomplacencia, de la novela *light* de décadas pasadas, convertida en un producto «de usar y tirar», «sometida a los vaivenes e intereses del mercado» (Saldaña Sagredo, 2017: 85). La propuesta de Clara Obligado no solo impacta por la profundidad de la temática abordada, sino también por una singular elaboración formal y estructural, pues el mundo en crisis se representa mediante piezas fragmentarias que el lector se verá obligado a entretejer a partir de los indicios narrativos ofrecidos en sus ficciones.

En concreto, el cuento «Las dos hermanas», incluido por primera vez en *El libro de los viajes equivocados*, pertenece a una obra que refleja de modo completo las claves de su literatura excéntrica y fragmentaria, escrita desde una posición ajena a lo canónico, con una mirada intelectual posicionada desde la condición de extranjero. En los relatos que constituyen al citado libro de cuentos, media la reflexión sobre un mundo en crisis. Obligado le plantea al lector la reconstrucción de todo un conjunto de testimonios entretejidos a partir de un orden previamente acotado al comienzo del libro que, en el caso que nos atañe, nos muestra parte de la historia del exiliado Jan Siedlecki quien acude a la migración en busca de una vida mejor, aunque, como se observará, su imagen retratada en el lugar de destino dista mucho de corresponderse con el trato ideal al que este creía aspirar. Obligado (2015) se

refiere a propuestas rotas «para un mundo que requiere ser rearmado»², sobre todo al respecto del libro de cuentos *La muerte juega a los dados*, remitiendo así al concepto de *literatura fragmentaria* desde un punto de vista tanto artístico como simbólico, que, no en vano, contrasta con la idea del desplazamiento. La autora concibe este tipo de escritura no como la mera *segmentación narrativa*, sino como *puzle* en el que el lector es coautor de la obra, a partir de una serie de elipsis que la propia escritora ha ido planteando a lo largo de la misma. Así, se contribuye a la creación de un texto más amplio, «con vocación de novela» (Casa de América, 2012), desde el que pretende contar el valor del desarraigo.

«Las dos hermanas», el cuento incluido a continuación, se erige desde la reivindicación de la denominada *literatura transterrada* o *excéntrica* (Obligado, 2015); aquella escrita por exiliados que deben emigrar y, en consecuencia, pierden el sentimiento de pertenencia a un lugar, es decir, se convierten en extranjeros. Este tipo de literatura está

despegada naturalmente de los centros de poder literario. Está casi siempre signada por un movimiento explorativo que va más allá de un recorte nacionalista. Se trata de textos que articulan las referencias culturales de manera no monolítica. Textos que se mueven en un espacio que podríamos llamar intersticial, en pequeños huecos. En algún punto, terramundos, puesto que es difícil encuadrarlos o detectar a qué textos se refieren, con qué otros libros dialogan. Son textos que buscan plasmar otras historias y formas que dan cuenta del movimiento de la sociedad, de su resquebrajamiento (Obligado, 2015)³.

No obstante, y como modo de incidir en la riqueza simbólica y literaria de la ficción, destaco en él —y, más concretamente, en su protagonista, Jan Siedlecki—, por un lado, la construcción de un mundo en crisis, con la explotación del hombre por el hombre, centrada en la reiteración de hechos negativos a partir de las diversas guerras, de las que se deriva necesariamente el exilio, la emigración y los procesos de invasión de territorios. Por otro, y a partir del personaje de Ruth —una de las *dos hermanas* a las que alude el título del relato—, la representación de la mujer a través del testimonio de su exclusión y su marginación como sujeto en diferentes esferas, y de la visibilización de estereotipos desarrollados en la literatura y en nuestro imaginario cultural a lo largo de la historia.

Consecuentemente, bajo el primero de estos ejes se ubica el personaje de Jan Siedlecki, judío que debe abandonar la ciudad en la que vive, convirtiéndose así en exiliado. La problemática del idioma, el comienzo de una nueva vida, la falta de ayuda por parte de los nativos y su actitud xenófoba, sin olvidar la credibilidad en lo quimérico, en las aspiraciones individuales y sociales del protagonista, se conjugan en el texto, contextualizado en la Segunda Guerra Mundial. «Las dos hermanas», al igual que otros de los cuentos que

² Disponible en el minuto 29:30.

³ Disponible en el minuto 16:48-17:34.

componen *El libro de los viajes equivocados*, trazan la cartografía de las guerras europeas de importancia, y con ello, remiten al valor del error humano. De ahí que podamos leer la obra de Obligado y, en especial, este relato, desde las teorías de contacto cultural, como las expuestas por Fanon (1952) y Said (1978), con el objeto de explicar el mapa de los conflictos bélicos europeos contemporáneos, los contextos de choque cultural, la experiencia traumática del exilio junto a la perspectiva del extranjero, el mal y la deshumanización. Los prejuicios, relacionados con la etnia o el físico, abogan por la indiferencia hacia el inmigrante e iluminan, peyorativamente hablando, la jerarquía social aplicada a él, sustituyendo los sueños de Jan solo por el esfuerzo y la constancia, que serán los únicos valores que le permitirán ser reconocido, señalando con ello la persistencia de la desigualdad en el ámbito laboral y, al mismo tiempo, la idea de que soy (y me defino por) mi trabajo. En referencia al trabajador inmigrante, Kristeva (2024) afirma que

the foreigner is the one who works. While natives of the civilized world, of developed countries, think that work is vulgar and display the aristocratic manners of offhandedness and whim (when they can...) you will recognize the foreigner in that he *still* considers work as a value. A vital necessity, to be sure, his sole means of survival, on which he does not necessarily place a halo of glory but simply claims as a primary right (2024: 16-17).

Al hilo del segundo de estos ejes, incido en el protagonismo de la mujer en *El libro de los viajes equivocados*, que se basa en una caracterización que pone de relieve la existencia de motivos patriarcales que se visibilizan, y en algunos casos se subvierten, para abarcar un planteamiento más plural y real de lo femenino. No hay que olvidar en este sentido que la teoría y la crítica literarias se han enriquecido con los estudios sobre mujeres y los estudios de género. Ambas ponen de manifiesto las figuras y los modelos de lo femenino que han persistido en el imaginario cultural y artístico, y atienden a la caracterización de la mujer intelectual y a la de la mujer lectora y escritora. Dicho marco teórico es necesario para entender por completo la propuesta de Clara Obligado. Esta autora se rebela ante la negación de la mujer como sujeto y ante la definición de lo femenino a partir de su cuerpo, de la fisicidad. Por una parte, nos interesa la vertiente de la crítica feminista angloamericana que, con *Sexual politics* (Doubleday, 1969), de Millet, y *Thinking about Women* (Harcourt, Brace & World, 1968), de Ellmann, dio origen al análisis de «imágenes de mujer» que responden a los estereotipos femeninos sostenidos por la tradición patriarcal; y que, con *Literary Women* (Doubleday, 1976), de Moers, *A literature of Their Own* (Princeton University Press, 1977), de Showalter, y *The Madwoman in the Attic* (Yale University Press, 1979), de Gilbert y Gubar, nos aproxima a la «ginocrítica», corriente que constata que la percepción literaria del mundo propia de las mujeres no es fruto de la biología sino de la construcción social (Viñas Piquer,

2002: 554-560). Por otra parte, es importante la perspectiva de la teoría crítica feminista francesa, que, con de Beauvoir como precursora, se centra en la especificidad de la mujer desde un feminismo de la diferencia y en la opresión a la que se ha visto sometida (Viñas Piquer, 2002: 560-561). Desde esta última línea, destaca el ideario de Cixous, quien en *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura* (Anthropos, 1995), denuncia la siguiente dicotomía: el hombre se ha vinculado a la razón, la objetividad y lo público, mientras que la mujer se asocia con la alteridad, con la negación como sujeto, quedando relegada a lo privado y reducida a la subjetividad, al cuerpo, a las emociones y a la naturaleza. Contra esos modelos combate la prosa de Clara Obligado, como se demuestra en la lectura crítica de género que proponen las ficciones de *El libro de los viajes equivocados*.

En concreto, en «Las dos hermanas», la belleza de la mujer se relaciona, inherentemente, con los matrimonios concertados, impidiendo la libertad de elección y la posibilidad de escucha, aunque también negando la priorización del amor. La apariencia física adquiere, entonces, un valor fundamental que incide en el retrato de la mujer como *otro*, puesto que parte de las convenciones expuestas al hilo de los cánones de la belleza. Estas dificultan, incluso, la relación de la mujer con lo social e invierten la autoridad paterna, entendida no como reclusión, sino como inevitable refugio. Ello se conjunta con la inversión de la idea del matrimonio bajo cuyos preceptos pretende proclamarse la obtención de la felicidad óptima para los contrayentes. Los personajes —Jan y Ruth, respectivamente— serán considerados, de este modo, seres desgraciados que conciben esta unión desde la pesadumbre y la fatalidad del destino.

A modo de conclusión, en un contexto como el actual en el que la literatura parece inclinarse por la conversión en un producto superficial de mercado, cabe destacar escritores que apuestan por un mayor compromiso artístico. El caso de Clara Obligado es sobresaliente, ya que no solo concede especial relevancia al fragmentarismo en el modo de contar, sino que crea una obra que conduce a la reflexión sobre nuestra realidad, sobre el mundo como lugar de pertenencia, retratando, en el texto que nos atañe, la figura del exiliado y la experiencia traumática desde un lugar incómodo, desde el que incidir en la falta de identificación que experimenta el transmutado en *otro*, ni con el país que le ha visto nacer ni con aquel en el que ahora vive, sin olvidar la perspectiva de género y las constricciones y convenciones patriarcales al hilo de la unión matrimonial. Todo para dar cuenta de las diferencias sociales, enquistadas, enraizadas en la defensa de lo propio y en la discriminación de lo ajeno. No obstante, podrían entenderse estas diferencias —y la narrativa de Obligado nos convoca a ello— como «the signs of the emergence of community envisaged as a project —at once a

vision and a construction— that takes you “beyond” yourself in order to return, in a spirit of revision and reconstruction, to the political *conditions* of the present» (Bhabha, 1994: 3). Porque, en definitiva, este es el *proyecto* al que nos anima la poética de la autora; es el interrogante que late, implícito, en la lectura, pudiendo entender cada una de sus palabras como un viaje en el espacio y en el tiempo, como un pequeño eco que navega en una continua interpelación al individuo actual, despertándole de su ceguera, logrando hacer aparecer en él y en su horizonte, como una suerte de destello quimérico: la comunión con lo ajeno.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ MÉNDEZ, Natalia (2015), «Los viajes equivocados: Coloquio participativo de guía a la lectura», en [<https://bibliotecas.unileon.es/tULEctura/2015/10/22/3891/>] (3/10/2024).
- BHABHA, Homi K. (1994), *The Location of Culture*, Nueva York, Routledge.
- CASA DE AMÉRICA (2012), «Entrevista a Clara Obligado, autora de “El libro de los viajes equivocados”», en [<https://youtu.be/78PkMHhTuys?si=9zVoR7KY3TqzUnFD>] (3/10/2024).
- FANON, Frantz (1952), *Peau noire, masques blanches*, París, Seuil.
- GNISCI, Armando (2002), *Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, Edición Crítica.
- KRISTEVA, Julia [1988] (2024), *Strangers to ourselves*, Nueva York, Columbia University Press.
- OBLIGADO, Clara (2015), «Clara Obligado y la escritura excéntrica», en [<https://videos.unileon.es/video/5c6012098f4208f6218b4589>] (3/10/2024).
- DE LA ROSA, Esther (2005), «Clara Obligado. Cuando la historia se cuenta bien», *Meridiam*, n.º 37, pp. 48-51.
- SAID, Edward (1978), *Orientalism*, Nueva York, Vintage.
- SALDAÑA SAGREDO, Alfredo (2017), «¿Cabe algún tipo de literatura política entre las literaturas de consumo?», en Luis Albuquerque-García, José Luis García Barrientos y Roberto Álvarez Escudero (eds.), *Escritura y teoría en la actualidad*, Madrid, CSIC, pp. 81-89.
- VIÑAS PIQUER, David (2002): *Historia de la crítica literaria*, Barcelona, Ariel.

LAS DOS HERMANAS

CLARA OBLIGADO

Para Martín Kohan

El día en que dejaba Polonia para siempre, Jan Siedlecki se levantó casi de noche y, mientras se vestía, pudo escuchar cómo su madre preparaba el desayuno. Comió pan en silencio. Luego, con la mejilla apoyada contra su pelo, mientras la besaba, supo que aquella separación sería tan larga y dura como la muerte, puesto que ella no sabía escribir.

Ya en el camino se dio la vuelta y vio los postigos cerrados de su habitación. Secándose las lágrimas con el delantal, su madre entraría a limpiar, dejaría asomarse la primera luz y luego, tal vez durante años, todo permanecería igual, la cama y su colcha de retales, el armario con las perchas tintineantes, la mesa donde, incapaz de cargar ya con más, Jan había dejado para siempre los libros y su pluma.

La calle empinada lo llevó hacia la panadería, allí su hermano mayor estaba horneando el pan de centeno para todo el pueblo. Desde la muerte del padre se había hecho cargo de ese local, que casi ni daba para comer. Solo en la víspera de Yom Kippur, cuando la población reclamaba el *kugel* horneado con la receta de sus antepasados, crecían las arcas de la familia y volvían a menguar, al extinguirse la fiesta. El aroma del pan dio a Jan una despedida olfativa. No entró a saludar a su hermano, en cambio acarició la cabeza de su cachorro, que lo seguía a los saltos.

La noche anterior casi no había dormido. Por primera vez, había tenido a su novia entre los brazos, se habían dado cita detrás de la tahona, aprovechando el silencio del pueblo para abrazarse. Allí le prometió que la mandaría a llamar, y ella le dijo que sería su esposa; allí también le juró que nunca besaría a otra mujer. Llegaron tan lejos en sus abrazos que, si no hubiera sido porque el hermano de Jan comenzó a trasegar en la tahona, hubiera peligrado el honor de la muchacha. Por vez primera Jan había acariciado los senos de Anastazja, y ahora se olió las manos hasta percibir en ellas ese cálido perfume que se mezclaba con el de la madrugada, la leña y el pan.

La bella Anastazja se había levantado al alba para verlo pasar. Asomada a la ventana, iluminado el rostro por un candil, despeinada y llorosa, lanzó un beso al aire y arrojó un pañuelo en el que había envuelto su retrato. Luego apareció brevemente el

rostro de la hermana mayor, quien la retuvo y pareció abrazarla. Ruth era mucho más corpulenta que Anastazja, tenía el pelo oscuro recogido en una trenza y exhibía en la frente una constelación de lunares del color de las cerezas. Las manos se agitaron en el aire. Jan, temeroso de despertar a la familia, besó la imagen de su novia y se la colocó junto al corazón. También recogió una piedra del camino, por fin se dio la vuelta y continuó andando. El cachorro, pegado a sus piernas, lo seguía con su trote alegre; debería alejarlo a pedradas pero no pudo, así que lo ató a la barandilla del puente. En el último recodo, mientras el río intentaba fluir bajo las placas del hielo, oyó, mezclados con los latidos del bosque, los ladridos quejumbrosos del animal.

No se olvida un olor, como no se olvida un tacto, no se olvida tampoco la última visión de las cosas, y esa memoria herida protagoniza durante años los sueños del emigrante. Sentado en el puente del barco, o escrutando el mar, o intentando reconocer las constelaciones, Jan perfilaba estas escenas postreras hasta esculpir las en la memoria. Casi puede dibujar a Ruth abrazando a Anastazja, ayudándola a tenderse, llorosa, entre unas sábanas que él jamás compartió, separándole del rostro los largos mechones rubios, secándole las lágrimas, sirviéndole un té de hierbas. Piensa también en la soledad de Ruth cuando él consiga trabajo y Anastazja se reúna con él en América, imagina a su madre cenando sola, la mesa con sus libros, imagina, por fin, el pueblo sin él.

Además de nostalgia, el viaje le va deparando sorpresas: un hombre todo negro, barcas con frutos olorosos, la pulsera de semillas de color sangre que compró para su novia, ese hacinamiento bovino en los días de lluvia, la indescifrable sensación de soledad mezclándose con el anhelo del porvenir. En pocas semanas vio y aprendió mucho más que en toda su vida en el pueblo. Por las noches, atónito bajo la cúpula del cielo, soñaba con Anastazja y con América. América, y la Estatua de la Libertad con su antorcha en la mano, América, y los altos edificios, las calles asfaltadas, el afán de los vehículos, los hombres trajeados. América, el idioma incomprensible, los vecinos desconocidos, el encuentro con el hermano de su padre, el trabajo en su panadería, la búsqueda de una cama y de una mesa donde colocar la manta que le había regalado su madre, la piedra del camino, el retrato de la muchacha.

Nadie en la embarcación hablaba *yiddish* o polaco, de modo que Jan Siedlecki solo podía comunicarse a través de gestos y de un aprendizaje somero del baile. Aunque no sabía del todo qué querían decir, imitó algunas palabras en español o en italiano y, para no hundirse, comenzó a jugar con los pequeños: con ellos, como no había barreras,

recuperó el placer de comunicarse. Al atardecer, cuando los emigrantes hacían música, comprendía dos cosas: que esos sonidos alegres camuflaban el desgarró, y que la algarabía del baile era el único antídoto contra una tristeza que amenazaba con ahogarlos.

Idénticos entre sí, los atardeceres pintaban el océano de un rojo nunca visto en sus montañas, solo rompía la rutina la temible tormenta que los hacinaba en la bodega, y allí Jan contenía a los niños en una amalgama de miedo y vómitos, pensando, mientras los consolaba, cuántos hijos tendría con Anastazja. Contaba las semanas haciendo muescas en un barril de aceite, pero el viaje le pareció monótono, desmesurado el tiempo que tardaban en cruzar el océano. Para matar el aburrimiento, volvía a Anastazja, al tacto tibio de su cuerpo, a su imagen en la ventana. Luego releía la última postal de su tío, pasaba el dedo por la tinta indecisa: «Verás la Estatua de la Libertad plantada sobre el río Hudson. Luego sonará la sirena del barco. Luego bajarás al muelle y te reconoceré».

Los pájaros que venían siguiéndolos desde días atrás ya no mostraban ansiedad por los desperdicios del barco, habían recogido sus petates los emigrantes y, en el puente, se respiraba una burbujeante ansiedad. Una mañana, como una ballena en celo, la sirena lanzó su lamento. En la pálida aurora el barco encendió las luces, y como un racimo de estrellas, comenzó a rodear un amplio estuario, más grande que todos los campos de cebada que hubiera visto jamás, se acercó a un puerto donde dormitaban orgullosos transatlánticos y laboriosos cargueros. Con el aire de la amanecida dándole en la cara, Jan asomó su ansiedad. Pero allí no había estatua, ni río Hudson, ni ciudad con rascacielos al fondo, solo un cartel inmenso e incomprensible, un gigantesco puente de hierro, un paisaje plano como el mar, un amanecer sangriento, un muelle alborozado en el que hervían los abrazos.

Solo, con su maleta, Jan sintió ansiedad, luego indecisión, por fin un hastío terrible que preñó de somnolencia las horas de espera y, cuando el muelle se quedó desierto, aceptó su destino y comenzó a caminar. Tardaría mucho en comprender que viajar a América puede querer decir recalar en Nueva York, pero también en Buenos Aires. Y así, después de vagabundear durante semanas, entró en una panadería donde se necesitaban brazos, comenzó a amasar hasta que las venas del cuello se le hincharon como cordeles y a dormir agotado sobre sacos de harina. Aunque no recibía sueldo alguno, tampoco le faltaba casa y comida, de modo que comenzó a percibirse como un hombre con suerte. Aquello era más, mucho más, de lo que daba de sí el invierno polaco.

Una tarde, al verlo dar forma con pericia a ese pan oscuro que tan bien se vendía, el dueño del establecimiento le preguntó al panadero mayor:

- ¿Y quién es ese muchacho?
- Un polaco, señor. Un judío.
- ¿Cómo se llama?
- No lo sé, señor.
- ¿Cuánto se le paga?
- Nada, señor. Usted nunca dijo que le pagásemos nada.

Así comenzó a percibir un jornal, se compró un traje, se sacó una foto que le envió a su novia y, por fin, encontró una habitación con una cama en la que pudo tender la manta de su madre, una mesa en la que apoyó la piedra del camino y el sonriente retrato de Anastazja. La habitación estaba en ese tipo de vivienda que entonces se llamaba «conventillo». Había sido un antiguo lupanar y, para quedar bien con Dios, Jan llamó al rabino, que repartió bendiciones, tampoco estaban las cosas como para desdeñar un alojamiento barato. Cinco años más tarde, Jan lloró la muerte de su madre; pasados seis años, tenía dinero suficiente para llamar a su novia. En las afueras de la ciudad había levantado una casita y, aunque había que viajar mucho para llegar al centro, cultivaba su huerta, cloqueaban dos gallinas ponedoras, los vecinos lo saludaban y lograba responderles con un manejo razonable del idioma. Además estaba bien considerado en la panadería, donde valoraban a este hombre solitario que solo pensaba en trabajar.

Mientras soñaba con Anastazja y se medía en sus progresos, Jan sintió también el orgullo de haber sido fiel a su promesa. En las tardes de domingo, cuando libraba, salía a caminar por la ciudad desierta. Y si bien era verdad que sus arrebatos de hombre joven lo habían llevado a acostarse con mujeres de muchas razas, también era cierto que jamás había besado otros labios que no fueran los de Anastazja. Aquello era un simple hundirse y salir, un perder la memoria y volcarse, pero nada del abrazo placentero lo había alejado del recuerdo de su novia. Así que uno de esos domingos, luego de abandonar una cama anónima y de darse un garbeo para contemplar los rascacielos del centro, se sentó en un bar de la calle Corrientes, gastó por vez primera lo que vale un vaso de vino y se llenó de valor para escribir al padre de la muchacha pidiéndole que la enviara para convertirla en su esposa. Al día siguiente llevó la carta al correo y añadió un giro para el pasaje. Poco después, recibía una fecha, y la promesa de que su futura esposa se encontraría con él en el puerto de Buenos Aires.

El tiempo que separaba la recepción de la carta de la llegada del buque, Jan lo utilizó en engalanar la casita. Ruborizado, compró una cama grande, sábanas de lino y toallas, una sartén y una olla, un espejo esmerilado y una alfombra de dibujo inextricable que le pareció digna de un palacio. Cerró un trato con la vecina para que recibiera a su prometida, ya que no veía bien que compartieran casa antes de convertirla en su esposa. Fue al médico y, desde ese instante, se abstuvo de tratos con mujeres. Pidió aumento en la panadería y el dueño, ya mayor, lo ascendió a encargado. Así, laboriosa y alegre, llegó la víspera. Temeroso de que se le pasara la hora, durmió en una pensión del bajo, donde colocó su traje planchado sobre una silla. Y, sobre el pantalón, el reluciente sombrero de paja. Casi no pudo descansar. Salió muy temprano y desayunó apenas porque tenía el estómago cerrado.

En la hora larga que lo separaba del lugar donde atracaría el buque, caminó por la ciudad que emergía en el alba, cruzándose ocasionalmente con algún coche. Llegó el primero al muelle y allí se mantuvo escrutando el horizonte, atento y firme como un vigía. Lo que acaeció después ya lo había vivido. Poco a poco fueron llegando los que recibirían a los viajeros, gallegos bulliciosos, judíos vestidos de negro, contratistas que hacían tintinear en la mano las llaves de sus haciendas, hombres solitarios con ramos de flores, señoras de elegantes sombreros que esperaban a sus amigas.

Entre la multitud, Jan rememoró su propio arribo, el solitario estupor de los primeros meses, las noches en las que aún no tenía cama, el galimatías del idioma, la inmensa ciudad ajena por la que paseara su desconcierto y en la que, ahora lo comprendía, estaba su sitio. Toda esta tristeza se estaba muriendo, era un emigrante lleno de sueños cumplidos que, si bien desconocía algunas costumbres, calzaba zapatos nuevos y tenía un hogar donde recibir a su esposa. Nervioso y excitado, fantaseó que Anastazja estaba junto a él, luego la imaginó en la sinagoga vestida de novia, escuchando las siete bendiciones, tembló al soñarla desnuda en sus brazos, conjeturó cómo sería la vida de ambos cuando cumplieran sus sueños en este país que crecía. Lo sacó de su ensimismamiento una súbita inquietud de la muchedumbre que, como un animal clamoroso, pareció despertarse al unísono en el sopor de la mañana. A lo lejos, en el horizonte iluminado, el barco era un punto de luz, un alegre vagido rebotó contra las dársenas. Poco más tarde, la algarabía compacta se fragmentaba en cientos de historias individuales.

Nadie quedaba en el muelle cuando Jan Siedlecki —el ramo de flores marchito— seguía esperando a su novia. Con el sol alto hacía un calor pegajoso y el traje nuevo, que tan seguro lo había hecho sentir de madrugada, lo asfixiaba; chillaban las gaviotas con un sonido metálico que a Jan le pareció siniestro. Se abanicó con el sombrero. Confuso y defraudado, estaba por regresar a casa cuando una mujer, vestida con un abrigo absurdo, se detuvo frente a él, apoyó la maleta sobre los adoquines y comenzó a hablarle con el acento de su pueblo. Era muy alta, más que él, tenía un porte impresionante. Hacía años que nadie le hablaba así. Al escuchar la melodía del idioma, Jan volvió a ver los postigos cerrados, el camino que lo alejaba, las placas de hielo, olió el pan y oyó los ladridos de su perro, el recuerdo se hizo tan denso que redondeó una imagen y por fin dio solución al enigma. La mujer que estaba ante él era fuerte y morena, se había quitado el sombrero y exhibía en la frente una pequeña constelación de lunares del color de las cerezas. Con una voz extrañamente aniñada hablaba muy de prisa, por fin comenzó a llorar, a Jan le pareció que hacía el gesto de arrodillarse. Mientras él se lo impedía y ella se sonaba la nariz con el pañuelo que le tendió Jan, le explicó a trompicones las razones de su viaje, cómo su padre había decretado que partiera, cómo declaró, vejándola y ante quien lo quisiera oír, que ella era mucho peor negocio que su hermana, tanto más hermosa y fácil de casar, y cómo la madre, en lugar de ponerse del lado de sus hijas, había insistido también, para salvar las apariencias, en que la boda de la pequeña no podía anteceder en ningún caso a la de la hermana mayor. Luego, entre hipos, Ruth declaró que nada de aquello era su culpa, ella no quería viajar, ni siquiera deseaba casarse y, si él decidía abandonarla de inmediato, lo comprendería perfectamente. Entonces comenzó a sollozar con tal angustia que Jan tomó del brazo a esa mujer enorme y la llevó a su casa.

No había pasado demasiado tiempo cuando se declaró la guerra y la bella Anastazja, junto con sus padres, desapareció rumbo a algún campo de concentración. Jan hizo lo que debía: aunque nunca dejó de amar a Anastazja, se casó con Ruth, y fueron todo lo desgraciados que se puede llegar a ser en un matrimonio, pasaron ambos lo que les quedó de vida, que fue larga, venerando, en el retrato que descansaba sobre el aparador, a la novia amada, a la querida hermana muerta. Solo tuvieron un hijo, y un nieto, y ambos se llamarían Jan. De la pareja no queda más que un retrato que les sacó por azar un fotógrafo obsesionado por los puentes. En ella se los ve, ya ancianos, él menguado, ella cada vez más grande, situados uno en cada extremo de la barandilla, mirando abstraídos hacia el horizonte, como si no se conocieran.